

SEGUNDAS NUPCIAS DE FELIPE IV EN NAVALCARNERO

Buscando atmósfera y ambientes más puros, salgo en cuanto puedo de Madrid; casi siempre por la carretera de Extremadura, muy cuidada hoy -como tantas otras- por el Ministerio de Obras Públicas. Poco transitada ayer, resulta ahora con frecuencia taponada por los nuevos monstruos urbanos que, destruyendo los viejos pueblos de Alcorcón y Móstoles, han levantado, sin gracia, sin orden ni concierto, la fiebre especuladora y la confusa fronda burocrática. Vencida la segunda de aquellas obstrucciones, unos kilómetros más allá, al coronar un suave repecho, saltan en la lejanía dos torres que pronto desaparecen ocultas por otra elevación del terreno al pasar el puente sobre el río Guadarrama. Y ya sólo volvemos a verlas cuando estamos llegando al pueblo de Navalcarnero. Son las torres de su iglesia, de la que, con razón, con su nave espaciosa, están orgullosos los navalcarneros.

Es una iglesia construida originariamente en varias etapas, y luego restaurada. Una iglesia mestiza, con signos mudéjares, con rasgos de un gótico tardío y los Chapiteles de pizarra tan típicos de la arquitectura de los Austrias. Yo la contemplo con admiración cada vez que cruzo la plaza del pueblo, otro tiempo llamada plaza de la Cruz Verde. Bonita plaza castellana que, con sus soportales, conserva todavía su carácter, pese a la sustitución de las viejas farolas y a la desaparición del clásico letrero «Posada del Sol» que hasta hace pocos años campeaba en una de las fachadas del fondo. Navalcarnero, que fue villa real y está bastante cuidada, mantiene todavía las alturas y proporciones adecuadas al paisaje; aunque, tal como van las cosas en la anarquiarquitectura urbanística, es de temer que no siga siendo así por mucho tiempo. Pues bien, como es archisabido, en aquella iglesia, en su preciosa capilla que llamamos real -dedicada a Nuestra Señora de la Concepción- se casó, un día de octubre de 1649, **Felipe IV** con su sobrina carnal **la archiduquesa Mariana de Austria**, hija de una hermana del Rey



¿Por qué fue a casarse allí este Rey galante, elegante, refinado?:



*Nadie más cortesano ni pulido
que nuestro Rey Felipe, que Dios guarde
de terciopelo hasta los pies vestido.*

como de él ha escrito -alcanzando la cumbre de su característica finura- el gran poeta Manolo Machado. Ese Rey en el que el negro terciopelo de su pecho no era perturbado por joyeles ni cadenas, como sigue diciendo el mismo poema. Rey amante de la pintura como su abuelo, del que se cuenta que recogió del suelo un pincel que le cayó a Tiziano mientras pintaba. Morador y, si no me equivoco, creador del Palacio del Buen Retiro con su refinada y sobria elegancia. (La típica elegancia española; confróntense los retratos de

Carlos V y Felipe IV, sin cintas, armiños ni chatarras, con los de Francisco I y Luis XIV.) Rey, además, intelectual, aunque esta última cualidad pueda haber sido exagerada por cronistas áulicos y aduladores, que nunca faltan, para alinear la figura de dueños y señores.

El cortesánísimo servil es el gran peligro de las monarquías y las potestadas políticas. Rendir elogio justo y proporcionado, que ponga de relieve las cualidades y valores ciertos que tengan quienes ejercen altas funciones y responsabilidades, es obligado. Pero aun mereciéndolo, las personas de buen estilo es casi seguro que reciben el elogio más bien con cierto rubor, en tanto que las inmeritorias -indefensas en su vulgaridad o su incultura- aceptarán, y hasta exigirán, la adulación inmoderada y gratuita de manera insaciable e ilimitada. Pero volvamos a nuestro tema. Como mi saber es escaso y mi curiosidad es mucha, a los amigos que me han acompañado en mi frecuente caminar por aquellas tierras de pan -escritores, juristas, profesores- he preguntado muchas veces: ¿Por qué aquel Austria tan refinado fue a casarse a Navalcarnero? Por fin tengo ahora respuesta a mi pregunta gracias al celo inquisitivo de uno de aquellos amigos, Genaro Navarro, competente abogado con muy delicadas aficiones y aptitudes literarias. La clave de este pequeño misterio no puede ser más sencilla. El Rey se casó allí por economía; porque estaba arruinado, como la hacienda real que pasaba entonces por momentos especialmente críticos.



El poderío español declinó ya con su padre, Felipe III, a quien no interesaron los problemas de Estado y vivió entregado a sus aficiones favoritas: cazar y jugar a las cartas, con mala suerte, por cierto, pues siempre perdía miles de ducados. (Lerma hacía y deshacía; proféticamente su padre, Felipe II, había dicho: «a éste me lo van a gobernar».) Los viajes de los reyes, las fiestas populares que acompañaban a las bodas reales, el boato de la Corte, todo era muy caro. Góngora se escandalizó por los gastos que se hicieron con motivo de la llegada del embajador inglés: «y todo -escribió con irritación celtibérica- por un hereje». Se había llegado a tan extrema situación de penuria que se decidió un día evitar o reducir gastos como fuere. Sans Puig acude, al informarnos, al libro de Martín Hume *La Cour de Philipe IV et la decadence de l'Espagne*, donde este historiador se refiere a la costumbre que había de eximir de algunos impuestos a los lugares donde los reyes se casaban, y así el quebranto de la Hacienda resultaría menor si para ello se elegía una población pequeña. Por otra parte los recursos que se habían obtenido por el ¿impuesto? denominado «Chapín de te reina» habían sido muy exigüos.

Estás consideraciones, pues -con independencia de otros motivos más íntimos que, si existieron, seguimos sin conocer-, llevaron a los contrayentes a Navalcarnero, donde el arzobispo de Toledo, don Baltasar Moscoso, los casó y veló en 7 de octubre con asistencia del patriarca y de los príncipes. El matrimonio, al menos desde el punto de vista histórico, no pudo ser más desgraciado, ya que su único fruto varón superviviente fue enclenque y enfermizo: el pobre alucinado Carlos II, al que «hechizaron» para sacarle los demonios del cuerpo. Y al morir sin sucesión -después de largo reinado, contra todo lo que se había supuesto-, dio lugar a una guerra en la que nuestra geografía sufrió la dolorosa mutilación de Gibraltar y en nuestra historia tuvo lugar la entrada de la Casa de Borbón.

(ABC, 7 diciembre 1973.)

NOTA:

Entre otras advertencias, nuestro genial y valiente Quevedo decía al rey Felipe IV:

*Del merito propio sale el resplandor
y no de la tinta del adulador.*

*La fama, ella misma, si es digna, se canta,
no busca en ayuda algazara tanta.*

*Contra lo que vemos, quieren proponernos
que son paraíso los mismos infiernos.*

*Las plumas compradas, a Dios jurarán
que el palo es regalo y la piedra pan.*

*Vuestro es el remedio: ponedle, Señor,
así Dios os haga de Grande el Mayor.*

*Grande sois, Filipo, a manera de hoyo;
ved esto que digo, en razón de apoyo:
Quien más quita al hoyo más grande lo hace;
mirad quien lo ordena, veréis a quien place.*

*Porque lo demás todo es cumplimiento
de gente civil que vive del viento.
Y así, de estas honras no hagáis caudal;
más honrad al vuestro, que es lo principal.*

*Servicios son grande las verdades ciertas,
las falsas lisonjas son flechas cubiertas.*

*Si en algo he excedido, merezca perdones.
¡Dolor tan del alma no afecta razones!*

*En vano el agosto nos colma de espigas
si más lo almacenan logreros que hormigas.*

*Más de mil nos cuesta el daros quinientos;
lo demás nos hurtan para los asientos.*

*Y el pueblo doliente llega a recelar
no le echen gabela sobre el respirar*

*Aunque el cielo frutos inmensos envía
le infama de estéril nuestra carestía.*